

## Mi hermana Enriqueta

Último artículo publicado por Ramón Acín

El 14 de junio de 1936 publicó Ramón Acín su último artículo. Lo hacía en el Diario de Huesca, del que era habitual colaborador, y el tema era especialmente querido y doloroso.

Tres días antes, el once, fallecía su hermana Enriqueta con cincuenta y cuatro años de edad, seis más que Ramón. La relación entre ambos fue siempre muy estrecha. Ramón y Enriqueta eran los menores, con gran diferencia de edad, de una familia de cuatro hermanos. Santos -el primogénito- y Ascensión, que moriría en 1887 con quince años, uno antes del nacimiento de Ramón, eran los mayores.

Enriqueta debió ser hermana, amiga y también algo madre-confidente. Hay numerosas notas y tarjetas postales enviadas por Ramón a su hermana que ella guardará celosamente junto con los recortes de artículos publicados por su hermano o relacionados con él.

Relación de cercanía, de necesidad casi diaria de contacto y complicidad vital.

No en vano ambos vivieron ya en la madurez como vecinos en la calle Cortes nº 3 de Huesca, donde habían nacido. Enriqueta se casaría con Arsenio Espín, procurador y secretario de la Cámara de Comercio de Huesca y con quien tuvo dos hijas, Enriqueta y María.



Enriqueta Acín, 1905



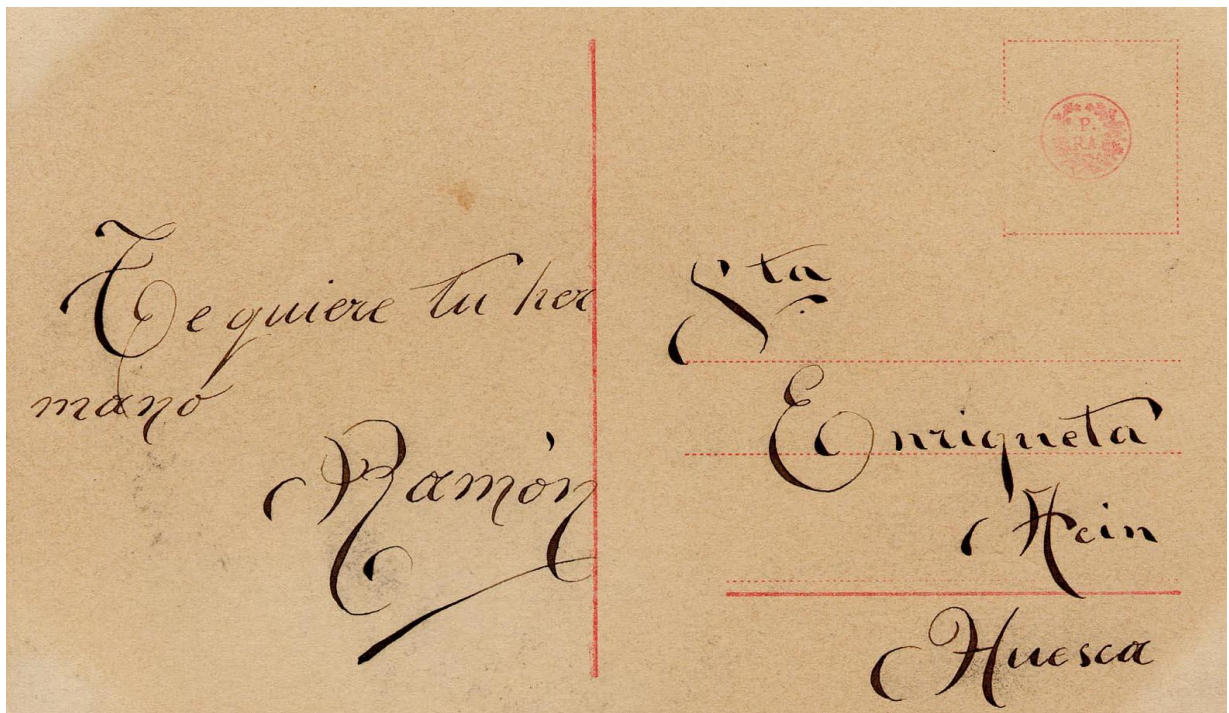
Enriqueta, Arsenio e hijas, 1915

El artículo necrológico de Ramón Acín muestra el sentimiento de una infancia compartida en los años que saltan del siglo XIX y al XX y que significan grandes cambios en la historia de la humanidad. Entre ellos, la realización del sueño humano de volar que seguramente compartieron juntos, así como el amor por el teatro o la música y la danza.

En este artículo, el más personal de Ramón Acín, no utiliza el humor ni la razón sino el sentimiento de haber perdido algo profundamente íntimo. “Cuando la vida termine en la faz de esta pobre Tierra, fallado por todos los soles y todos los mundos que alumbren y rueden, debería celebrarse un concurso que premiara a los buenos hermanos. Y todos veríais en el más allá, que la sombra de mi hermana Enriqueta y la sombra mía, cogidos los dos de sus manos de sombra, avanzaban tranquilas, serenas, seguras, recogiendo el mejor galardón”.



Enriqueta, 1931



Reverso de postal dirigida a Enriqueta por Ramón, 8 enero 1910



El artículo es el que sigue:

*Ha muerto mi hermana Enriqueta. Yo estoy admirado y loco como si la muerte la hubieran inventado anteayer, once de Junio de mil novecientos treinta y seis. Había visto morir a mis padres, pero mis padres morían cuando por sus muchos años y sus muchos dolores iban a vestirse con los pingajos de la vejez. Había visto morir a muchos amigos. ¡Qué buenos amigos se me han muerto! pero algunos estaban ya en camino triste de senectud y a todos, hombres al fin, les faltaban ternuras de mujer.*

*Mi hermana era un gran corazón; un gran corazón con el lastre temperamental de un par de abuelos —el abuelo Martín y el abuelo Ramón— formidablemente interesantes y absurdos a la par. Un gran corazón que se formó en la linde de un siglo que viene otro que se va. Esa época alrededor del 1900 que, cuanto más tiempo pase, más interesante se ha de ver. Formidable época en que mueren los últimos quinqués al compás del “Vals de las olas” y los hermanos Wright, con alas de lona y tendones de acero, comienzan sus vuelos menudos bajo un cielo surcado de globos redondos que, un siglo antes, habían echado al viento los también hermanos Montgolfier como niños que jugasen o las pompas de jabón.*

*Una época en que pesaban todavía grandes prejuicios y se inician ya grandes atrevimientos y que en medio de una vida de farandulería era como pecaminoso dedicarse a la auténtica y noble farándula del teatro, donde mi hermana Enriqueta con sus dotes, con su simpatía y sus talentos, hubiera podido ser cantando una Barrientos y bailando una Duncan.*

*Mi hermana Enriqueta guardaba, del primero al último, todos los recortes de mis artículos, cosa que, más quizá por sobra de abandono que por falta de vanidad, no la hacía yo. Había que tener el cariño sin límites que ella me tenía, para ser guardador de cosas de tan poca monta. Cuando yo necesitaba alguno, después de luchar, entregábamelo poco menos que a cambio de formal recibo de devolución. Yo quiero guardar también, pequeña, pero emocional manera de corresponder, los recortes que la Prensa de pasados días —recortes poco menos que de obligado y luctuoso cliché— dedicaba a Ella que, tantos como la Duncan y la Barrientos, pudo tener. Y quiero sumar el recorte de estas línea mías en recuerdo de su corazón; un corazón que nadie como yo lo ha podido ver, porque yo lo he visto siempre más allá de la línea de 1900; más allá del abuelo Martín; más allá del abuelo Ramón.*

*Cuando la vida termine en la faz de esta pobre Tierra, fallado por todos los soles y todos los mundos que alumbren y rueden, debería celebrarse un concurso que premiara a los buenos hermanos. Y todos veríais en el más allá, que la sombra de mi hermana Enriqueta y la sombra mía, cogidos los dos de sus manos de sombra, avanzaban tranquilas, serenas, seguras, recogiendo el mejor galardón.*

## Mi hermana Enriqueta

Ha muerto mi hermana Enriqueta. Yo estoy admirado y loco como si la muerte la hubieran inventado anteayer, once de Junio de mil novecientos treinta y seis. Había visto morir a mis padres, pero mis padres morían cuando por sus muchos años y sus muchos dolores iban a vestirse con los pingajos de la vejez. Había visto morir a muchos amigos. ¡Qué buenos amigos se me han muerto! pero algunos estaban ya en camino triste de senectud y a todos, hombres al fin, les faltaba ternuras de mujer.

Mi hermana era un gran corazón; un gran corazón con el lastre temperamental de un par de abuelos—el abuelo Martín y el abuelo Ramón—formidablemente interesantes y absurdos a la par. Un gran corazón que se formó en la linde de un siglo que viene y otro que se va. Esa época alrededor del 1900 que, cuanto más tiempo pase, más interesante se ha de ver. Formidable época en que mueren los últimos quinqués al compás del «Vals de las olas» y los hermanos Wright, con alas de lona y tendones de acero, comienzan sus vuelos menudos bajo un cielo surcado de globos redondos que, un siglo antes, habían echado al viento los también hermanos Montgolfier como niños que jugasen a las pompas de jabón.

Una época en que pesaban todavía grandes prejuicios y se iniciaban ya grandes atrevimientos y que en medio de una vida de farandulería era como pecaminoso dedicarse a la auténtica y noble farándula del teatro, donde mi hermana Enriqueta con sus dotes, con su simpatía y sus talentos, hubiera podido ser cantando una Barrientos y bailando una Duncan.

Mi hermana Enriqueta guardaba, del primero al último, todos los recortes de mis artículos, cosa que, más quizá por sobra de abandono que por falta de vanidad, no la hacía yo. Había que tener el cariño sin límites que ella me tenía, para ser guardador de cosas de tan poca monta. Cuando yo necesitaba alguno, después de luchar, entregábamelo poco menos que a cambio de formal recibo de devolución. Yo quiero guardar también, pequeña, pero emocional manera de corresponder, los recortes que la Prensa de pasados días—recortes poco menos que de obligado y luctuoso cliché—dedicaba a Ella que, tantos como la Duncan y la Barrientos, pudo tener. Y quiero sumar el recorte de estas líneas mías en recuerdo de su corazón; un corazón que nadie como yo lo ha podido ver, porque yo lo he visto siempre más allá de la línea de 1900; más allá del abuelo Martín; más allá del abuelo Ramón.

Cuando la vida termine en la faz de esta pobre Tierra, fallado por todos los soles y todos los mundos que alumbren y rueden, debería celebrarse un concurso que premiara a los buenos hermanos. Y todos veríais en el más allá, que la sombra de mi hermana Enriqueta y la sombra mía, cogidos los dos de sus manos de sombra, avanzaban tranquilas, serenas, seguras, recogiendo el mejor galardón.

RAMÓN ACÍN.

Huesca 13 Junio 1936.